



GUILLERMO LORA

**FREIRE SE APARTA
DE LA
POLÍTICA REVOLUCIONARIA**

La Paz - Bolivia

1993

Ediciones *Muela del diablo*

AK - 06
por MHV

FREIRE SE APARTA DE LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA

POLÍTICA Y REFORMAS EDUCATIVAS

Freire nos interesa en la medida en que plantea una supuesta nueva educación, cualitativamente otra con relación a la tradicional. No nos detenemos ante ella cuando formula técnicas pedagógicas, que algunas pueden ser novedosas.

La política revolucionaria en el plano educativo es aquella que propugna una escuela nueva, radicalmente diferente de la burguesa, lo que supone que se suelda con la actividad subversiva que se encamina a destruir el orden social imperante.

La educación es un fenómeno superestructural que, como tal, está determinada por la estructura económica de la sociedad. Se mueve libremente conforme a sus propias leyes, pero en el marco señalado por el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. No reproduce directa y mecánicamente la estructura económica, sino a través de otros fenómenos de la superestructura, como la política, la religión, la filosofía, etc.

En su momento la educación reacciona sobre la estructura económica buscando modificarla. Esta afirmación no es ninguna novedad y corresponde a la inter-relación entre estructura y superestructura. Lo que corresponde es señalar con precisión la verdadera función que cumple la escuela en el problema de impulsar el proceso de crecimiento de las fuerzas productivas o bien de estancarlo.

La estructura económica va a modelar la naturaleza de la educación a través de la clase dominante. La escuela actual es criatura de la burguesía, que la utiliza tanto para formar a la fuerza de trabajo como para imponer a la sociedad su propia ideología, esto es lo que porfiadamente ignoran algunos reformistas de la educación.

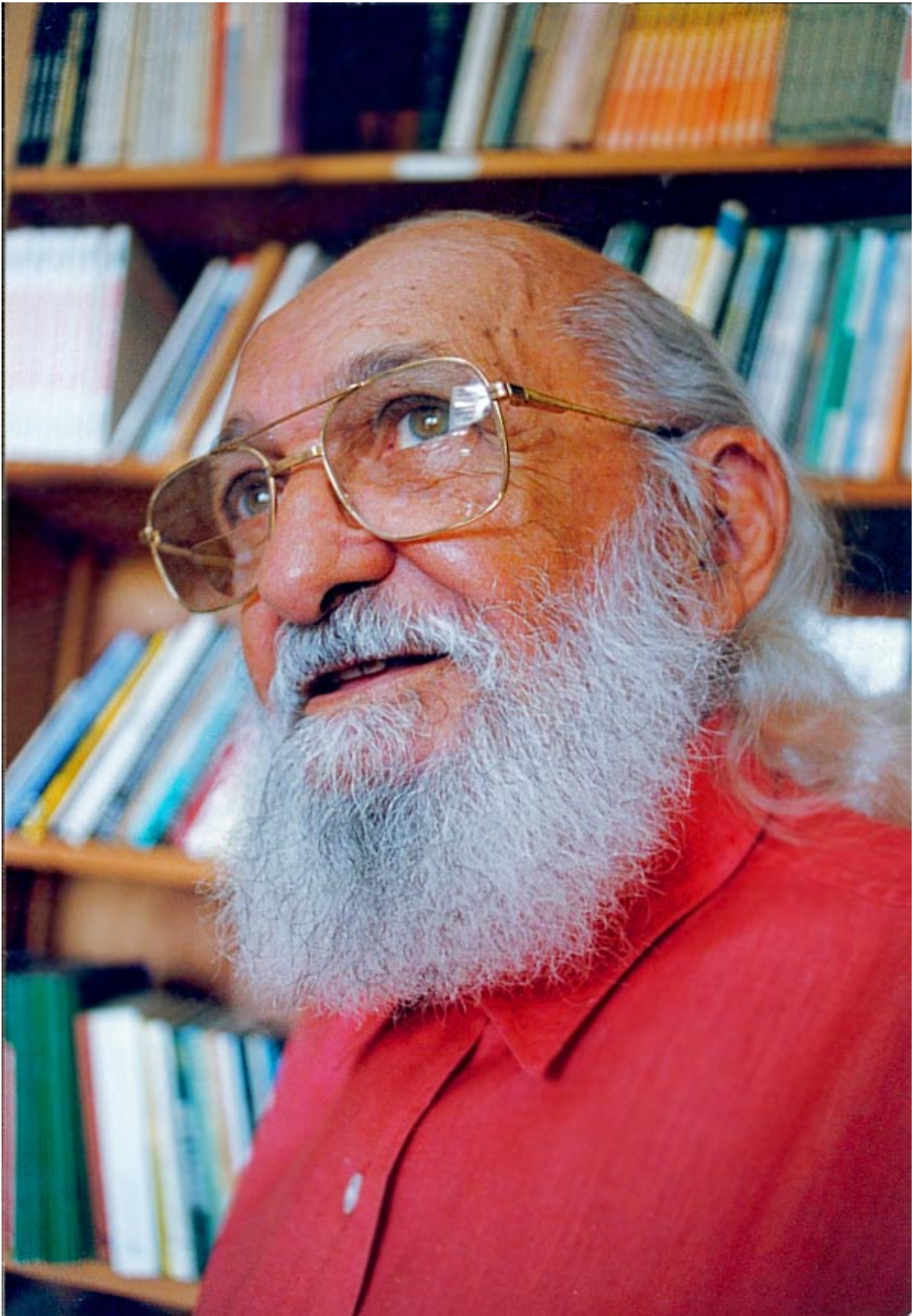
Si la escuela ha sido estructurada por la clase dominante, vale decir por las relaciones de producción o por la forma de propiedad imperante, cumplirá el papel de impulsora del desarrollo de las fuerzas productivas cuando, por ejemplo, la burguesía atraviesa su etapa revolucionaria. Contrariamente, la educación va a acabar trocándose en reaccionaria, en freno de las fuerzas productivas que ya chocan con la forma de propiedad de los medios de producción imperante, vale decir, cuando la burguesía se toma reaccionaria.

De una manera más precisa, la educación está en la trinchera ocupada por las relaciones de producción y no en la barricada de la fuerza de trabajo, la única que amenaza y se encamina a destruir una determinada sociedad. Es inconcebible la posibilidad de que la educación, desarrollándose en el marco de la vieja sociedad, se convierta en la punta de lanza manejada por el proletariado para derribar a la burguesía.

Freire parece insinuar esta posibilidad, pues habla de una pedagogía de la liberación. La historia y la teoría enseñan que la educación, por ser instrumento de los dueños de los medios de producción, cumple determinada función y cambia de fisonomía conforme a la evolución que sigue la clase dominante, en relación con las fuerzas productivas, cuya tendencia es la de crecer siempre y en este propósito chocan con las relaciones de producción.

Nos estamos esforzando por puntualizar el papel que cumple la escuela en la contradicción fundamental que se da en la estructura económica de la sociedad.

La manifestación superestructural que se llama educación tiene que ser considerada como un fenómeno social, esto es, en el seno de la lucha de clases, inmerso en el proceso de la producción social. Se deforma el análisis de la educación cuando se la reduce a las cuatro paredes de un laboratorio, o a las experiencias de las escuelas piloto, en gran medida extrañas a la vida social, a la sociedad dentro de la cual se mueven.



Paulo Freire

Es cierto que siempre se puede realizar el experimento de algunas formas superestructurales al margen de toda la sociedad, pero carecen de trascendencia porque no son más que elementos constitutivos del utopismo.

La educación interesa en la medida en que por ella tienen que pasar las clases sociales que conforman la sociedad. Pero incluso en ese caso es preciso señalar que la escuela cumplirá una función contradictoria con referencia a la contradicción clasista. A los que se atreven a hablar de pedagogía de la liberación había que preguntarles si esa liberación está o no relacionada a las clases sociales con diferentes y contradictorios intereses económicos.

Hablar del hombre en general o, en nuestra época, de la sociedad también de manera abstracta, es referirse a algo inexistente. Esta es la mejor forma de no comprender la verdadera esencia de los fenómenos económicos e ideológicos.

Otro de los errores que se comete con frecuencia al estudiar la educación consiste en reducirla a una serie de recetas prácticas, de métodos de enseñanza.

Los recursos técnicos pueden servir a las políticas educativas más diversas. Claro que no hay que confundir ciencia con tecnología. La ciencia busca descubrir las leyes del desarrollo y la transformación de los fenómenos, en esta medida constituye el esfuerzo que se hace para descubrir la verdad. Forma parte de un proceso que avanza a través de aproximaciones, de aciertos y de errores. Cuando la ciencia se aplica a facilitar la producción se concretiza en tecnología, en el avance de la máquina. Los que confunden ciencia con tecnología pueden acabar convirtiendo la educación en una máquina destructora del hombre, cosa que observamos casi todos los días en la escuela capitalista.

Nuestro propósito es abordar la educación como política y, por tanto, desde el punto de vista clasista.

Cuando nos referimos a la política estamos diciendo la lucha de una clase contra otra, que por ser tal coloca en el centro de la disputa al Estado, amén del ordenamiento jurídico.

Refiriéndonos a la sociedad actual, la política es aquella que realiza el proletariado como clase -vale decir consciente, no simplemente masa-, contra la burguesía como tal, naturalmente expresada a través de su propio Estado. La lucha del proletariado contra la burguesía conduce a la destrucción del Estado burgués y a su reemplazo por la dictadura de la clase actualmente oprimida y explotada.

La política educativa no es una sola sino que se desdobra conforme a los intereses y objetivos de las clases sociales en pugna. Hay, pues, una política educativa proletaria y otra burguesa. Los que hablan en abstracto de la política educativa y le quitan todo contenido de clase están refiriéndose a algo inexistente, a un absurdo.

La política educativa de los oprimidos -que no puede materializarse en el marco de la sociedad capitalista- es una expresión de la política revolucionaria de la clase obrera, en la perspectiva de conquistar el poder político, de sustituir la propiedad individual de los medios de producción por la social, la vieja escuela burguesa por una nueva que brotará de la sociedad sin clases.

Dicho de otra manera, el proletariado para imponer su política educativa -diferente y opuesta a la de la burguesía- tiene que realizar antes la revolución social, tiene que desplazar del poder a la actual clase dominante y ocupar su lugar.

Por esto mismo, la política educativa revolucionaria no es más que una expresión o concretización de la política revolucionaria del proletariado.

En el marco de la sociedad capitalista, la escuela contribuyó al desarrollo de las fuerzas productivas, lo que significa que fue progresista, revolucionaria, cuando su progenitora, la burguesía, era también revolucionaria. Pero incluso entonces, no fue liberadora, porque su misión central era formar debidamente a los trabajadores para que fuesen explotados -por tanto, oprimidos- por los capitalistas. La finalidad concreta de la escuela era lograr que los obreros arrojasen la plusvalía -trabajo no pagado- en condiciones medias de especialización y formación.

En la actualidad, la educación ha dado marcha atrás porque desconoce todos los progresos logrados en la primera etapa del capitalismo en ascenso, está empeñada en destruir al hombre a través de la super especialización, porque así lo imponen los intereses de las transnacionales interesadas en lograr bajos costos de producción y así poder aplastar a sus competidores en la descomunal guerra por el control de los mercados.

Los teóricos proburgueses de la educación hablan en abstracto de la unidad entre la teoría y la práctica, como una generalidad, de manera equivocada y sin superar el esquematismo tradicional en la materia.

Tiene que puntualizarse que la separación entre la teoría y la práctica es inherente a la educación en nuestra época, aunque algunos pedagogos exhiban la receta salvadora de establecer laboratorios en los centros escolares para que los alumnos "lleven a la práctica" lo que dicen los textos.

Los pedagogos olvidan una cuestión muy sencilla. El capitalismo supone -por su propia naturaleza y para poder existir como sociedad explotadora de la fuerza de trabajo- la separación entre fuerza de trabajo, el obrero, y los medios de producción que se concentran en manos del capitalista. Para que pueda desaparecer esta separación, inevitable en la sociedad actual, sería necesario acabar con el sistema capitalista, con la gran propiedad privada y sustituirla por la social, basamento de la sociedad sin clases y, por tanto sin Estado.

Los pedagogos, especialistas en fabricar de tarde en tarde recetarios, dicen haber descubierto una forma menos cruenta, más humana y civilizada para poder unir teoría y práctica: en el mejor de los casos transformar la escuela en una fábrica, en un laboratorio muy grande, todo de espaldas a la sociedad capitalista en cuyo ser vivimos.

Los reformistas no se atreven a proclamar en voz alta uno de sus descubrimientos más sensacionales: están seguros que con buena voluntad y sacrificándose por la humanidad, como gustan decir, se puede formar núcleos comunistas o socialistas, dando cómodamente las espaldas a la integridad de la sociedad, a la realidad económico-social. Así llegamos a la idea más difundida y vulgar: la educación sería el basamento de la sociedad, la fuerza llamada a transformarla de raíz. Si se parte de este equívoco hay que concluir que es suficiente transformar la escuela, reformarla, para poder construir una sociedad nueva. Dicho de otra manera: la sociedad nueva será el producto de la escuela reformada.

La unidad de teoría y práctica es una cuestión fundamental y aún no resuelta de la educación.

La escuela actual reproduce la separación entre la teoría y la práctica. Por un lado forma, especializa, la fuerza de trabajo -que solamente es práctica- y por el otro entrena a los que dirigirán la vida de la sociedad, a la clase dominante. Para transformar esta realidad no es suficiente alfabetizar a los obreros o instalar laboratorios en los colegios para ricos.

La verdadera práctica -que constituye el fundamento del conocimiento- es parte integrante, inseparable, de la producción social. Hay una inter-relación entre teoría y práctica, cobrando ésta preeminencia con relación a aquella. La teoría reacciona sobre la teoría para potenciarla.

La unidad entre la teoría y la práctica constituye la piedra angular de la transformación radical de la actual educación burguesa, por esto decimos que una escuela nueva sólo puede ser producto de una sociedad que se levante sobre esa unidad como algo imprescindible.

La práctica de que hablamos no tiene que ser confundida con la especialización, significa que el hombre conozca la realidad económica-social, a la sociedad, participando directamente en el proceso de la producción de los diferentes sectores de la economía. Esto supone que los educandos destinen una parte de su tiempo al trabajo rotativo en todas las manifestaciones de la producción de la sociedad y la otra a la asimilación crítica de su experiencia. De esta manera las manos se soldarán al cerebro, lo que permitirá el desarrollo de las aptitudes individuales. No hay que olvidar que el comunismo permitirá el desarrollo libre y pleno de la individualidad.

La práctica revolucionaria consiste en la acción del hombre sobre la realidad para transformarla, lo que le obliga a conocer las leyes que rigen su desarrollo. El proceso de transformación constituye el fundamento del conocimiento. Es la práctica revolucionaria la que nos permite aproximarnos al conocimiento de la

verdad, de la ciencia, proceso que conoce equívocos, avances y retrocesos.

Son las propuestas de Freire las que nos obligan a reiterar que no debemos ignorar que vivimos inmersos en una sociedad clasista, en la burguesa, en cuyo seno la proyección social de la contradicción fundamental que se da en la base económica estructural no es otra que la lucha irreconciliable entre burguesía y clase obrera y que conduce a la dictadura del proletariado, primer paso en la construcción de la sociedad nueva, que llegará a su etapa superior a través de la supresión de toda forma de opresión de clase. La nueva educación aparecerá y florecerá a lo largo de este proceso.

Tenemos que reiterar y subrayar que, bajo el capitalismo, no puede hablarse del hombre en abstracto y menos colocarse en el mismo plano a explotados y explotadores. Ciertamente que hay una inter-relación y condicionamiento mutuos. Pero sería absurdo sostener que en este caso un extremo de la contradicción se trueca en el otro. Hacerlo significaría considerar la dialéctica como un esquema que el analista puede imponer autoritariamente a la realidad. La dialéctica son las leyes del desarrollo y del cambio inherentes a la realidad, a todos los fenómenos materiales e ideológicos.

Cuando se sostiene que el oprimido y el opresor pueden mutuamente libertarse, se los está igualando, como hace la burguesía con ayuda de la ficción jurídica de que todos los hombres son iguales ante la ley o la impostura electoral en sentido de todo ciudadano es un voto, etc., lo que está a un paso de la fe religiosa cuando dice que todos los hombres son criaturas de Dios, por tanto, hermanos, etc.

La verdad es que la liberación de los oprimidos modernos, de los proletarios, solamente será posible si éstos logran destruir los poderes económico y político de los opresores, de los burgueses. Es esto lo que justifica el uso de la violencia, de la violencia revolucionaria ciertamente.

Los que hablan de una educación liberadora de los oprimidos -hay que añadir que son explotados- están seguros que esta finalidad puede lograrse mediante la escuela, hay que añadir que se trata de la actual porque no se señala con precisión el objetivo estratégico de poner en pie una nueva sociedad.

Este es el aspecto más débil y vulnerable de la argumentación, esto porque conduce al idealismo y al reformismo. Sus propugnadores caminan con las patas hacia arriba y concluyen defendiendo apasionadamente el orden social burgués.

La educación actual es planificada y ejecutada por la burguesía, por eso es opresora. Esa educación no puede trocarse en liberadora gracias a la buena voluntad y al talento de los fabricantes de recetas pedagógicas, técnicas o administrativas, para llegara ser tal tendrá que ser sustituida por otra cualitativamente diferente, acuñada y llevada a la práctica por la clase obrera o por la sociedad de trabajadores libres, que necesariamente se levantará sobre la unidad de la teoría y la práctica.

Los reformistas -niegan que su actividad sea política- están seguros que algunos parches colocados a la política educativa actual o tal o cual receta técnica y pedagógica pueden llevarnos al socialismo. Tiene importancia el aclarar, desde el punto de vista dialéctico, cuál es la verdadera relación entre reforma y revolución.

No es por casualidad, que los reformistas sostengan que hay muchos caminos que pueden recorrerse para llegar a la nueva sociedad. En realidad, son sobre todo parlamentaristas y enemigos de la violencia revolucionaria.

La revolución supone la reforma. Esto quiere decir que las masas se mueven buscando satisfacer sus demandas y necesidades inmediatas y no detrás de la prédica acerca de las verdades de la sociedad sin clases. Es esta lucha por las reformas la que permite madurar a los explotados y proyectarlos hacia la conquista del poder político.

Lo que distingue a los reformistas es que éstos se quedan en la pura reforma, que la convierten en finalidad estratégica y así abandonan la lucha por el socialismo. Tradicionalmente el movimiento de masas conoció la división entre programa mínimo y máximo. La limitación de la lucha diaria al logro de la reforma (programa inmediato), concluyó de manera fatal convirtiendo a sus propugnadores en reformistas.

La verdadera fusión entre la lucha por las reformas y la revolución se da a través del programa de transición, que supera esa separación entre programa mínimo y máximo. La posición correcta y revolucionaria consiste en tomar la lucha por las reformas como la maduración para hacer posible el logro de la finalidad estratégica.

Los reformistas están seguros que la suma gradual y evolutiva de las reformas en cierto momento nos conducirá a la revolución. Equivocadamente quieren aplicar a la relación entre reforma y revolución la ley de la transformación de la cantidad en calidad. Para darse cuenta del planteamiento equivocado será suficiente observar que la acumulación de todas las leyes aprobadas por el parlamento burgués no solamente que no conducen o se transforman en la revolución, sino que su misión es la de impedirlos.

La transformación de la cantidad en calidad tiene que aplicarse a las fuerzas que componen la estructura económica de la sociedad y que están en lucha, es decir a la contradicción que se da entre fuerzas productivas, el extremo más activo, progresista y que lleva en sus entrañas los gérmenes de la futura sociedad, y las, relaciones de producción, que devienen conservadoras y siguen un desarrollo lento, El aumento cuantitativo de las fuerzas productivas en cierto momento choca con las relaciones de producción (forma de propiedad) y es entonces que se abre el período de la revolución social. Esta es la esencia de las leyes del desarrollo histórico, que no se cumplen de manera mecánica y fatal, como sucede, por ejemplo, en la química o la física, sino a través de las clases sociales en lucha y particularmente del proletariado, que encarna el progreso.

La revolución social es el salto que permite la transformación del desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas en una nueva cualidad que es la sociedad futura.

A diferencia de este proceso dialéctico, la suma de reformas y reformas, no modifica a la sociedad capitalista, sino que, contrariamente, tiende a consolidarla. La revolución social no es la consecuencia de esta adición de reformas, sino de la madurez de las fuerzas productivas y de su choque violento con la propiedad imperante.

Aplicando este concepto al campo de la educación podemos concluir que su transformación cualitativa no será el resultado de las reformas graduales pedagógicas, técnicas o administrativas, sino que será la consecuencia de la revolución social, de la sociedad nueva.

Se tiene que rechazar de plano el concepto de que la educación puede transformarse en la fuerza ideológica, y mucho menos material, de la revolución liberadora. El papel que ocupa en la estructura social y en la mecánica de clases sociales, ratifica lo que apuntamos.

LAS PROPOSICIONES DE FREIRE

La llamada "educación popular" dice inspirarse en Freire y ambos no ocultan su afinidad con la iglesia. En la educación la fé es la fuente del oscurantismo.

También en nuestro país el reformismo se parapeta en la educación popular, en su afán de modernizar a la actual escuela y trabajar, en el marco del capitalismo, por el hombre nuevo.

Son estos antecedentes los que nos obligan a saldar cuentas con la "pedagogía liberadora" y la "educación popular".

Sergio Haddad de la ONG confesional del Brasil, llamada "Centro Ecuménico de Documentación e Información" (CEDI), en su libro escrito para mostrar su total identificación con Freire, dice sobre la educación popular:

"...proceso integral en la búsqueda del crecimiento humano, personal y comunitario del hombre latinoamericano; como construcción del nuevo modelo de vida y de trabajo que excluye cualquier forma

de manipulación y opresión, por sutil que ella sea en su expresión, en sus estrategias y en sus efectos". Declara que Freire es tino de los hitos de esta educación, supuestamente radical -para algunos quiere decir izquierdista y hasta revolucionaria-, por haber contribuido a la "formulación de una pedagogía que contribuyese a la transformación social (¿revolucionaria?) y a las prácticas político-pedagógicas encaminadas a "perfeccionar la acción política del educador que se disponía a construir una sociedad más Justa".

Aquí el criterio maniqueista -tan grato a los creyentes y a la iglesia- sustituye al análisis científico. Lo que está ausente en Freire es la comprensión del capitalismo como sociedad clasista, regida por leyes que arrancan de la contradicción que se da en la base económica y no únicamente por las fricciones entre fenómenos superestructurales.

¿Cuál es la sociedad justa y cuál la injusta? Las sociedades que han existido y la que existe, son necesarias, producto del desarrollo histórico, en fin, de las fuerzas productivas. La actual sociedad - con todas sus monstruosidades, con la explotación del hombre por el hombre, etc.- es la expresión del progreso con referencia a las sociedades pasadas.

"La educación popular" y las recetas pedagógicas de Freire, concluyen invariablemente estranguladas por la escuela burguesa. Esta puede ser mejorada, puede alfabetizarse a grandes masas, si se quiere modernizarse la enseñanza, pero lo que no pueden es construir un nuevo modelo de vida y de trabajo que excluya toda forma de opresión.

Suprimir la opresión importa suprimir al capitalismo, a las clases sociales, a oprimidos y opresores. Esto no puede lograrse introduciendo mejoras a la educación, utilizando la educación concientizadora. Nuevamente comprobamos que el fenómeno ideológico o superestructural no puede ir más allá del desarrollo de las fuerzas productivas. Habrá que reiterar que en nuestra época de decadencia del capitalismo no hay pedagogía liberadora.

Se dice que la pedagogía de Freire contribuye a la transformación social y que sus prácticas político-pedagógicas (incluso haciendo la concesión de que la actividad de Freire es política y política revolucionaria) están encaminadas a perfeccionar la acción política del educador que se dispone a construir una sociedad más justa.

El educador, el pedagogo, no construyen una sociedad nueva, carecen de capacidad y de posibilidades para transformarla.

A esta altura debemos decir si aceptamos o no la posibilidad de la transformación social con el instrumento de la alfabetización. Los bolivianos tenemos una rica experiencia adquirida en este país con una mayoría de la población analfabeta, teniendo en cuenta a los obreros, campesinos e inclusive sectores de la clase media baja. Nosotros mismos hemos logrado politizarlos -y en un alto grado-, al margen del alfabeto. Son estas masas incultas las que sepultarán al capitalismo y construirán la nueva sociedad, sin esperar que los pedagogos les señalen cómo cumplir esta tarea.

A los críticos que han indicado que pasa por alto a las clases sociales, Freire ha respondido que en su libro "Pedagogía del oprimido" cita a las clases sociales, por lo menos un medio centenar de veces. Puede ser que sea así, pero lo evidente es que no comprende lo que son las clases sociales, su lucha actual y la perspectiva que plantea. De una manera general, habla del hombre, del opresor y del oprimido, individualmente considerados. Lo más grave es que los nivela, seguramente cediendo a su formación cristiana: todos los hombres -ricos y pobres, oprimidos y opresores- son iguales y hermanos entre sí, por ser hijos de un mismo padre, de Dios.

El siguiente párrafo del citado libro es por demás sugerente:

"La liberación es un parto. Es un parto doloroso. El hombre que nace de él es un hombre nuevo, hombre que sólo es viable en ella y por la superación de la contradicción opresores-oprimidos que, en última instancia, es la liberación de todos. "La superación de la contradicción es el parto que trae al mundo a ese hombre nuevo -ni opresor ni oprimido- sino un hombre liberándose".

La verdad es que no puede nacer el hombre nuevo al margen de la matriz de una sociedad nueva. Antes de forjar al hombre nuevo tenemos que estructurar la sociedad sin clases, sin opresores ni oprimidos. ¿Por qué Freire coloca todo el proceso patas arriba? Nos parece que la respuesta es de mucha importancia. No olvidemos que le atribuye a la pedagogía un papel fundamental en la liberación del hombre oprimido u opresor. Cuando considera al hombre al margen de la clase a la que pertenece, está ignorando a la estructura económica de la sociedad, de donde arrancan las raíces de la actual sociedad envejecida y de la que nacerá la futura. Esta actitud lleva a Freire al idealismo y, por extraño que parezca al propio reformismo.

Tampoco podemos ignorar que es inconcebible el hombre al margen de las clases sociales y son los intereses materiales de éstas los que determinan, la conducta, el pensamiento y la actividad diaria de los que las componen.

Freire actualmente milita en el PT brasileiro, lo que es por demás sugestivo, En sus escritos habla de la actividad político-pedagógica. Esto no es suficiente para saber si su propugnador realmente busca la transformación de la actual sociedad. Para dar una respuesta a esta cuestión es mucho más importante descubrir la orientación política del partido al que está afiliado. Un partido revolucionario -el PT no lo es- no es más que la concretización organizada de la conciencia de clase, que se expresa a través de su finalidad estratégica, es decir, de la fórmula de gobierno que propugna como resultado de la lucha de clases.

El PT vino a la vida como una organización vinculada a los sindicatos, destinada a unificar al movimiento obrero y oponerlo a la burguesía, pero no pocos de sus propugnadores estaban seguros que no era aún el partido revolucionario del proletariado y que éste saldría de su seno en el futuro. En realidad, nació como un conglomerado de tendencias obreristas y de corrientes que muchas de ellas hablaban del marxismo en sus numerosas expresiones.

Tiene que subrayarse que el PT no habla de la dictadura del proletariado, sino de un gobierno democrático, popular, antiimperialista. Al mismo tiempo, niega a las tendencias que la componen el derecho de actuar libremente, de contar con su propia prensa, tener locales especiales, etc. Para pertenecer al PT hay que declarar que la verdadera estrategia de la lucha es la señalada por aquel partido. De otra manera, margina de sus filas -sino se atreven a capitular políticamente. a las tendencias revolucionarias.

En el último conflicto del gobierno del Brasil, el PT ha jugado un papel digno de la politiquería y no de la política revolucionaria, al oscilar entre los frentes organizados por partidos burgueses y los afanes gubernamentales por concluir una tregua y paz social por algún tiempo entre todas las expresiones partidistas. Lo que correspondía era oponer la revolución social a la podredumbre y desmoronamiento de la clase dominante.

El que Freire se sienta cómodo en el PT viene a ratificar su reformismo y el alejamiento de la ideología de la revolución proletaria, la única que puede abrir las perspectivas de la construcción de una sociedad y escuela nuevas.

El planteamiento de Freire acerca de la pedagogía como diálogo fue interpretado como espontaneísmo del educando y la no directividad del educador. Si en el diálogo también el educador aprende del educando, es claro que espontaneísmo, y no directividad se potencian, como se evidencia cuando se da la unidad de la teoría y de la práctica.

Sugestivamente Freire se apresura en negar esa conclusión, al extremo de que las innovaciones que propone no llegarían a transformar la educación tradicional:

“Yo nunca dije -expresó a Sergio Guimarães- que el educador es igual al educando. Por el contrario, siempre dije que la afirmación de esta igualdad es demagógica y falsa. El educador es diferente del educando. Pero esa diferencia, en la perspectiva de la revolución, no puede ser antagónica. La diferencia se vuelve antagónica cuando la autoridad del educador, diferente a la autoridad del educando, se transforma en autoritarismo. Es esta la exigencia que hago al educador revolucionario. Para mí, es absolutamente contradictorio que el educador, en nombre de la revolución, se apodere del método y autoritariamente dé órdenes al educando, en nombre de esa diferencia que existe. Esa es mi posición y por esto, me sorprende cuando dicen que yo defiendo una posición no directiva. Como si yo pudiese negar el hecho

incontestable de que la naturaleza del proceso educativo siempre es directiva, no importando si la educación es hecha por la burguesía o por la clase trabajadora”.

El educador norteamericano Ira Shor preguntó sobre el derecho del educador de cambiar la conciencia de los alumnos. Es claro que la pedagogía de la liberación no debería permitirlo. La respuesta de Freire:

“Respetar al alumno no significa dejarlo en la ingenuidad. Significa asumir su ingenuidad con él para sobrepasarla. El educador revolucionario no puede manipular a los alumnos, ni tampoco puede abandonarlos a su propia suerte. Lo opuesto a la manipulación no es el *laissez-faire* ni la negación de la responsabilidad que el maestro tiene en la dirección de la educación”.

La pedagogía de la opresión puede invocar argumentos parecidos para justificar su actividad destructora del educando.

Freire, partiendo de que la directividad que propone no es una posición del que manda hacer una cosa u otra, sino una postura de quien debe dirigir los trabajos y un estudio serio, concluye: “Llamo a esa posición radical democrática, porque desea la directividad y la libertad al mismo tiempo, sin ningún autoritarismo por parte del maestro y sin anarquía de los alumnos”. Este “radicalismo democrático” no alcanza a romper los moldes de la vieja educación. Sus discípulos dicen: “Partiendo de la naturaleza directiva de toda educación, hay que distinguir al educador directivo liberador del educador directivo domesticador.”

Si el educador aprende del educando, no hay razón alguna para concluir, siguiendo a Freire, que este último cumple la tarea de dirección. Lo cierto es que el verdadero aprendizaje tanto del educador como del educando tiene lugar en el trabajo en la producción social, de manera que el educando puede seguir una orientación diferente y hasta opuesta a la que pretende imponer el educador.

Cuando se refiere al “intelectual y las masas populares” y pese a que habla de que toda transformación radical implica una vanguardia “lúcida” vuelve a reducir la cuestión a la relación entre individuos. En este problema no se puede prescindir de la particular mecánica que se establece entre las clases sociales.

Explotador y explotado actúan como miembros de una determinada clase social, de acuerdo a sus diferentes y contrapuestos intereses materiales. No es equivocado sostener que la lucha de clases bajo el capitalismo -entre proletariado y burguesía- puede concretizarse como lucha alrededor de la apropiación de la plusvalía.

Las clases sociales no se reducen a ser una suma de individuos -a este extremo nos lleva lo que plantea Freire- sino que lo definitivo es cómo intervienen en el proceso de la producción, de aquí arrancan los objetivos de su existencia, sus ambiciones, sus ideas. Los hombres son diferentes, ciertamente, pero esas diferencias se dan en el marco de los intereses materiales de las clases sociales.

Tratándose del proletariado -en nuestra época la clase explotada y oprimida por excelencia-, su vanguardia va a permitir la formación de la conciencia clasista, que no se da en el grueso de las masas. Se trata, en síntesis, de la transformación cualitativa del instinto -generado por cómo se participa en la producción- en conciencia clasista. La clase obrera de nuestra época se distingue por no ser propietaria de los medios de producción y por estar inmersa en el trabajo social, colectivo. Aquí hay que buscar el factor directriz de la vanguardia y también de las masas.

¿Qué causa determina que el instinto, en cierto momento, se trueque en conciencia? Ciertamente que no la lucidez de los intelectuales, por importante que sea, sino la propia experiencia de los trabajadores, potenciada por la teoría de la revolución social, por la ciencia social que es el marxismo. De una manera general este factor -que viene de fuera de la clase obrera- actúa como programa del partido revolucionario. Se puede decir que la conciencia de clase, que es la política que desarrollan los explotados, no es más que la expresión teórica, consciente, de lo que es instinto y experiencia en los trabajadores.

Sabemos que la revolución proletaria en Bolivia será protagonizada por toda la nación oprimida por el imperialismo bajo la dirección política del proletariado.

Ya hemos expresado que las masas analfabetas pueden aprender a manejar el método marxista, y con

esta ayuda expresar los intereses políticos generales de su clase.

A esta altura corresponde preguntarse: ¿qué papel juega la educación en este proceso?; algo más: ¿Es concebible bajo el capitalismo una pedagogía que enseñe la rebelión de los explotados contra el sistema social imperante?

Nuestra propia historia es elocuente, cuando se trata de dar respuesta a esta cuestión:

Cuando fue aprobada la "Tesis de Pulacayo" (noviembre de 1946). los stalinistas objetaron que se trataba de un documento elaborado por algunos intelectuales y totalmente extraño a las masas, por ser incomprensible para ellas. Decían esto porque se les antojaba que el lenguaje empleado en ese documento memorable y las referencias teóricas contenidas en él, eran propios de hombres que se codeaban con las ideas en las bibliotecas y no de los explotados de los socavones. La respuesta la dieron los propios explotados, Seguramente muy pocos leyeron el texto y casi ninguno memorizó su contenido, pero el grueso de las masas concluyó aprehendiendo sus consignas fundamentales, que fueron ejes en las grandes movilizaciones que tuvieron lugar durante el sexenio rosquero y de las acciones que libraron en las calles.

Obligadamente tenemos que explicar qué había sucedido en el seno de las masas explotadas y cómo se habían educado para consumir una revolución social que quedó frustrada.

El autor de estas líneas ha dicho en su oportunidad que el que engendró la "Tesis de Pulacayo" fue la masa de obreros mineros culturalmente rezagados. La clave se encuentra en el hecho de que fueron los mineros los que plantearon la cuestión más punzante del momento: ¿qué hacer con el gobierno rosquero feudal-burgués de la restauración?

La pregunta fue lanzada por los trabajadoras que habían ganado las calles, que estaban escribiendo la transformación más importante de la historia de Bolivia, aunque en su mayoría no habían logrado apoderarse del alfabeto.

La realidad social, los obreros exigían una determinada respuesta -porque habían madurado para ella-, que fue la dada por la "Tesis de Pulacayo", de donde arranca su vigencia hasta hoy y su trascendencia como palanca que impulsó el desarrollo de la conciencia de clase y, por tanto, su independencia política frente a la clase dominante.

Hemos citado un ejemplo clásico de la educación de las masas -de su madurez política- para poder cumplir su misión histórica, para consumir la revolución social, para destruir al régimen burgués y sentar las bases de la nueva sociedad. Se trata de la educación de los explotados y oprimidos, que les permitirá libertarse. Volvemos a repetir que para cumplir esta tarea, los trabajadores no pueden esperar la llegada del alfabeto, vivir su experiencia en las aulas escolares o el arribo del descubridor de la pedagogía de la liberación. Los obreros mineros y fabriles, ignorantes de todo lo anterior, se levantaron en armas, destruyeron al Estado feudalburgués y al propio ejército.

Las masas, para consumir su trascendental tarea, no tuvieron necesidad de concurrir a la escuela tradicional, tal vez este hecho les permitió madurar políticamente muy rápido; de un brinco se apoderaron de los avances más importantes del pensamiento marxista. No fue necesario que llegaran los paladines de la pedagogía de la liberación.

El objetivo central en la sociedad capitalista -hablamos de los sectores mayoritarios- es la de lograr la liberación de los explotados y oprimidos, lo que supone sustituir la gran propiedad privada de los medios de producción (propiedad burguesa) por la social. Estamos hablando de la vía insurreccional, de la revolución social, Las masas -alfabetas o analfabetas- tienen que madurar políticamente, apoderarse de las fundamentales conclusiones que lleva en sus entrañas el desarrollo de la sociedad, de sus leyes fundamentales.

La cuestión fundamental -de trascendencia también para la educación y el magisterio- consiste en saber dónde y cómo maduran políticamente las masas, que es una cuestión que no precisa, de manera

imprescindible, que los artífices de la transformación radical de la caduca y sucia sociedad capitalista aprendan a leer y escribir.

La escuela, la universidad, de los explotados y oprimidos no son las tradicionales que señalan los profesionales de la educación, los pedagogos, sino los lugares de trabajo -fábricas y socavones-, las calles, las barricadas, los sindicatos, los cabildos abiertos, el partido revolucionario con sus células. La levadura que permite madurar la conciencia de clase -que se traduce en partido político e imprescindible para la victoria revolucionaria- es la teoría de la transformación social, concretizada en el programa del partido del proletariado. Es cierto que va de afuera hacia el interior de la clase, pero ésta tiene que madurar para recibirla, pues el destino de la idea revolucionaria es apoderarse de las masas para cobrar fuerza material.

Cuando la conciencia da un salto hacia adelante, gracias al impulso que recibe del programa revolucionario, las masas plantean cuestiones inéditas que obligan al programa a superarse o a perecer. Entre programa y partido hay una mutua relación, una pugna constante.

Trotsky escribió que el marxismo -el punto culminante de la ciencia social- no es más que la expresión consciente del inconsciente proceso histórico, de las tendencias elementales e instintivas del proletariado hacia el comunismo. Es por esto que la experiencia que hace madurar a las masas puede, al expresarse teóricamente, trocar el instinto en conciencia.

El sindicato y la huelga, por ejemplo, aparecen como productos naturales, como creaciones elementales e instintivas de los trabajadores, esto porque las masas, emplazadas a abrirse pasó en medio de los obstáculos levantados por los explotadores y al no encontraron el escenario la respuesta político-teórica, se vieron empujados a crear sus organizaciones y métodos de lucha propios. Sólo más tarde los teóricos especularon -y a veces deformaron- lo que las masas hicieron con sus manos.

En esta tarea trascendental de la maduración de los explotados y oprimidos para que ellos mismos conquisten -se puede decir que con sus manos- su liberación y, al mismo tiempo, liberen a toda la sociedad, tiene lugar en el crisol de las masas, contando con el partido político que se estructura como la mejor parte de la vanguardia de la clase instintivamente comunista.

¿Quién es el educador? La masa misma en constante proceso de transformación de clase en sí en clase para sí.

Como tenemos señalado, este proceso fundamental -parte de la modificación profunda de la historia- tiene lugar fuera de la escuela, marginando a los pedagogos, independientemente de su orientación, e inclusive conspirando contra la educación ideada en el ámbito superestructural.

En la actualidad se trata de un proceso subversivo, de aquí arranca su gran importancia, marcha hacia la destrucción del orden social imperante. Se levanta contra la ideología oficial y todas sus manifestaciones, incluidas las pedagógicas. Esto nos permite comprender que la educación nueva no aparecerá en el marco del capitalismo, sino que será el producto de una sociedad también nueva. Las masas -el partido político es la mejor parte esas masas, la que concentra todos los logros de éstas- se autoeducan y echan por la borda todas las teorías pedagógicas.

La subversión -camino único de la transformación radical de la sociedad- es la violencia potenciada por la madurez de los explotados. La sociedad clasista es violencia y toda corriente ideológica no escapa a esta realidad, aunque se autobautice pacífica, democrática, cristiana, etc. Los que pretenden oponer a la violencia, al salto brusco inseparable del cambio del desarrollo cuantitativo en otra cualidad, el gradualismo evolutivo, el parlamentarismo legalista, etc., son conservadores y en el mejor de los casos reformistas. La posibilidad de superar los actuales males de la sociedad, entre ellos el de la educación, se llama revolución.

No hay más alternativa que la de oponer a la violencia reaccionaria, desencadenada por la clase dominante para perpetuarse como monopolizadora de los poderes económico y político, la violencia revolucionaria, que permitirá la materialización de las ideas subversivas, brotando del seno de las masas, sin la mediación

de los llamados "pedagogos de la liberación".

Se puede hablar con propiedad de la autoeducación de las masas, pues el partido -portador del programa y de las ideas- es solamente parte de ellas. Hay que volver a recalcar que se trata de una actitud subversiva de los de abajo contra el orden social existente y sus ideas, incluyendo todos los ensayos pedagógicos. No se trata de una postura nihilista, sino de la explicación del camino que siguen los explotados para conquistar su independencia política, para organizarse hacia la situación insurreccional.

En algún lugar Freire se refiere al intelectual de avanzada y la relación que debe tener con las masas. Este planteamiento es erróneo y muestra las huellas de su vinculación con el individualismo idealista de los cristianos. Es por esto mismo que no se refiere en momento alguno a la violencia y menos a la violencia revolucionaria, como un recurso imprescindible para imponer la liberación de los oprimidos.

No se trata de establecer las normas acerca de la relación del intelectual con las masas, sino de la clase con su dirección política, vale decir con un partido.

El planteamiento de Freire es una especie de foquismo intelectual. El publicista, el orador, debidamente entrenado y pertrechado, es presentado como capaz para educar a las masas y orientarlas hacia su liberación.

El publicista y el orador por brillantes que sean no son leídos ni escuchados por las masas y, en esta medida, no logran influenciar en el desarrollo de, la conciencia clasista, no tienen arte ni parte en la educación, organización y movilización de los explotados hacia la revolución liberadora.

El partido político permite y obliga a los obreros a pensar y a dominar la teoría, porque la lucha revolucionaria -que es colectiva y no patrimonio de los intelectuales aislados- es creación de ideas, teoría, que surge de la acción revolucionaria multitudinaria.

El partido revolucionario -no los intelectuales aislados- descubre las corrientes subterráneas que se agitan en el serio de las muchedumbres, se limita a revelarlas y a señalar su proyección futura, pero no es una imposición, sino, mas bien, la expresión de lo que se plantea como una necesidad.

La revolución social no es el producto de la especulación intelectual se trata de una necesidad histórica, consecuencia del propio desarrollo de la sociedad y que obliga a las masas a enfrentarse ante determinados problemas; éstas tienen que vencer todos los escollos y al hacerlo cometerán errores y aciertos, lo que se traduce en derrotas y victorias. Hay que volver a repetir que son las masas las que protagonizan los cambios trascendentales de la historia.

Los intelectuales -historiadores, analistas, periodistas, etc.- se limitan a registrar y a veces deformar lo que ya está hecho. Su labor es subalterna porque la asimilación crítica de la experiencia de la historia social y su generalización es obra del partido, vale decir de la propia clase.

Freire comete un abuso al invocar el ejemplo del Che Guevara -que tenía mucho de subjetivista- como modelo de la conducta que debe observar el intelectual frente a las masas. Los aciertos, los errores y las limitaciones del Che sólo pueden comprenderse en el marco de la revolución cubana, que fue obra de las masas. El Che estuvo equivocado en sus planteamientos acerca de la formación del hombre nuevo, de la validez del foco armado como el factor decisivo de la historia, pues llegó a plantear que su acción tenía la capacidad de crear inclusive el factor objetivo o económico de la revolución.

Nos hacemos cargo de que es la filiación cristiana de Freire la que le impide comprender debidamente el rol de la educación en la sociedad capitalista y los caminos que deben recorrerse para que los oprimidos logren liberarse.

Transcribimos lo que al respecto dice Gadotti:

"La práctica pedagógica a la cual Paulo Freire se entregó desde su juventud tiene mucho que ver con su religiosidad.

"Cuenta que, alguna vez, todavía muy pequeño fue a las laderas y a los cerros de Recife, en las zonas

rurales, impulsado por 'cierta intimidación gustosamente petulante con Cristo' (inevitablemente al leer esto nos viene a la memoria lo escrito por Santa Teresa de Jesús, Red.) e imbuido de una visión 'afectadamente cristiana'. Llegado allá la dramática y desafiante realidad del pueblo lo regresó a Marx, lo que no le impidió encontrarse con Cristo en los recovecos de la calle".

Lo anterior demuestra una total incomprensión de Marx, cuyo aporte a la ciencia social consiste en haber señalado las leyes del desarrollo y la transformación del capitalismo. Para él -habrá que recordar que era materialista dialéctico y no idealista cristiano- la lucha entre oprimidos y opresores en nuestra época, entre proletariado y burguesía, conducía a la revolución social y a la instauración de la dictadura de la clase obrera.

Prosigamos con Gadotti: "Como pensador de izquierda Paulo Freire afirma que ser cristiano no es ser reaccionario y ser marxista no significa ser un burócrata inhumano -el pedagogo de la liberación sólo conocía al stalinismo como movimiento marxista, lo que es lamentable y le empuja a muchos errores, como estamos viendo, Red.- deben rechazar la explotación".

Pero hay una forma de acabar -esto es más preciso que rechazar- la explotación y esa es destruir la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción por la vía insurreccional, todo lo demás es reformismo que, en último término, es una forma de conservadurismo, de reacción.

Volvamos al texto: "Así se inicia su práctica, que encuentra impulso en el movimiento socialista cristiano de las décadas del 50 y el 60 (se refiere, ni duda cabe, a la teología de la liberación, Red). La conciencia política de esa práctica lo hace sentir que se ha vuelto político por ser educador y por ser cristiano. Es decir era posible que, siendo cristiano, fuese neutro, de la misma forma que no era posible que fuera neutro siendo educador^.

Lo anterior es una sucesión de equívocos y arbitrariedades, propias del subjetivismo idealista. Ser político no siempre es ser revolucionario y siendo revolucionario hay que rebelarse contra las formas de educación imperantes, incluidas sus reformas, y también contra la religión, que forma parte de la ideología de la clase dominante.

"El pensamiento de Paulo Freire es un pensamiento utópico -eso mismo hemos dicho más arriba, Red.- , pero no utópico en el sentido de lo definitivamente irrealizable -eso es ya incomprendible y también lo que sigue, Red- Para él la utopía no es idealismo: es la dialectización de los actos de denunciar y anunciar, es el acto de renunciar la estructura deshumanizante y de anunciar la estructura humanizante. Por esta razón, la utopía es también compromiso histórico".

Hay estructuras y estructuras. Cuando nos referimos a la sociedad hay que hablar de la estructura económica y ésta no es producto de la maldad, del ateísmo o del capricho de los burgueses, por ejemplo, sino del propio desarrollo histórico, en nuestro caso del capitalismo.

Una apreciación de Diana Cunha: "En esta definición de lo utópico de Paulo Freire, además de la valoración de la utopía como viabilidad humana, está presente su concreción histórica, o sea, ser utópico es negar un presente inhumano, comprometiéndose en la lucha por un futuro más humano. Lo que está contenido en la utopía es anteproyecto que se lo se hará proyecto en la praxis histórica, que es donde se volverá viable, real. Que entre la utopía y su realización hay un tiempo histórico, que es el tiempo de la acción transformadora, de la construcción de nuestra realidad. Sólo los utópicos, pueden ser proféticos portadores de esperanzas. Sólo pueden ser proféticos los que denuncian y anuncian los opresores nunca podrán ser proféticos pues no quieren cambiar nada en favor de los demás". Nuevamente la religiosidad sustituye atrevidamente las conclusiones de la ciencia.

Freire ha confesado que "Cometió algunas ingenuidades en los años anteriores a 1934". Lo curioso es que atribuye esas desviaciones a la "intensa presencia popular". Lo que en realidad sucede es que el revolucionario, moviéndose en el seno de su partido, encuentra en las masas tensas en la lucha de clases la inspiración y los materiales para una correcta comprensión del fenómeno histórico.

Según Gadotti "El clima político de la época estimuló una especie de visión mágica de la palabra, del discurso. Cuanto más se gritasen palabras de orden fuerte, como 'reforma agraria por ley o de hecho' o 'el proceso es irreversible' tanto mejor. Era como si bastase abrir la realidad opresiva para liberarse de los

opresores. La impresión que tengo es que el clima también nos burla, con la aceleración de lo ideológico y lo político sin correspondiente transformación en la infraestructura." Los amigos de Freire creen que esto significó una desviación hacia el idealismo.

En el párrafo transcrito se percibe el afán del intelectual de encerrarse en su propia actividad cotidiana, al margen de la poderosa presión de las masas radicalizadas. Aquí se encuentra la ratificación de que para Freire no son las mayorías incultas las que hacen la historia y las que plantean la urgencia de la creación de la teoría.

Palabras de Freire: "Mi sugerencia es que se dé menos crédito a la mistificación, a la magia de la palabra. No es el discurso fuerte lo que importa. Vamos a trabajar más y hablar menos. Entreguémonos a un trabajo paciente de movilización y organización popular, que no se hace con discursos dementes, sino de práctica profunda, que se entrega dócilmente a una reflexión crítica diaria sobre ella".

En cierto momento -el de la radicalización de las masas- la propaganda debe ceder su lugar a la agitación, que es la palabra fuerte puesta en acción. Y esto es creación de la historia.

De Ediciones

"Muela del Diablo", febrero 1993